



AVISO LEGAL

Capítulo de libro: *Costa Rica y los exilios latinoamericanos*

Autor del capítulo: Cuevas Molina, Rafael

Título del libro: *Retos del exilio y la migración en nuestra América*

Autores del libro: Santana, Adalberto; de la Mora, Rogelio; Molina Nieto, Erick Ulises; Peredo Castro, Francisco; Benítez Sierra, Sara Mariana; Alatríste Guzmán, Oscar; Castañeda García, Laura; Sena Sánchez, Margarita Isabel; Delgado Criado, Teresa; Sierra Kehoe, María de las Mercedes; Ranero Castro, Mayabel; Taboada, Hernán G. H.; Vargas Canales, Margarita Aurora; León Romero, Fernando; Cristóbal Ramírez, Grecia; Domínguez Guadarrama, Ricardo; Hernández Martínez, Jorge; Vázquez Ortiz, Yazmín Bárbara; Palomé Délano, Valentín; Cuevas Molina, Rafael; Massón Sena, Caridad.

Colaboradores del libro: Martínez Hidalgo, Irma (diseño y edición de interiores); Brutus H., Marie-Nicole (diseño de cubierta); Santana Hernández, Adalberto; Castañeda García, Laura (coordinadores).

ISBN del libro impreso: 978-607-30-9151-0

ISBN del libro en PDF: 978-607-30-9114-5

DOI del libro: <https://doi.org/10.22201/cialc.9786073091145e.2024>

Trabajo realizado gracias al Programa UNAM-PAPIIT AG400420

Forma sugerida de citar: Cuevas, R. (2024). *Costa Rica y los exilios latinoamericanos*. En A. Santana y L. Castañeda (coords.), *Retos del exilio y la migración en nuestra América*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 2024 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

© Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

COSTA RICA Y LOS EXILIOS

LATINOAMERICANOS

Rafael Cuevas Molina

LAS CONDICIONES COSTARRICENSES

Costa Rica es un pequeño país centroamericano que, en la actualidad, cuenta con una población que apenas sobrepasa los cuatro millones y medio de habitantes, con una extensión de 50 000 km², es decir, es menor que Chiapas y apenas un poco mayor que Yucatán. Sin embargo, el peso específico que tiene en la palestra internacional no es proporcional a su tamaño ni a su población, sino a su estabilidad política, sus indicadores sociales positivos (en comparación con los de sus vecinos de la región) y su visión civilista, que le llevó a abolir el ejército en 1949.

Estas características son las que han hecho de Costa Rica un lugar de refugio para quienes huyen de las condiciones políticas adversas de sus respectivos países, y se prolongan hacia atrás en el tiempo, hasta el siglo XIX, cuando, en el contexto de los anárquicos años de la posindependencia, el país ya destacaba como remanso de paz ajeno a las recurrentes guerras fratricidas. En esos turbulentos años posteriores a la independencia, cuando distintas fuerzas políticas se enfrentaron militarmente en “guerras intestinas” (como llama Gilles Bataillon a las guerras que ocurrieron en la región entre 1960 y 1996),¹ Costa Rica apenas tenía algunos conflictos más bien asociados con la preeminencia de una u otra ciudad como capital del Estado. Al respecto, el historiador Iván Molina señalaba que

La experiencia de Costa Rica, de veloz incorporación al mercado mundial con el café, fue distinta a la vivida por los otros países del área centroamericana, desgarrados por largas y sangrientas

guerras civiles. Los conflictos militares entre San José y sus ciudades vecinas (Alajuela, Cartago y Heredia) fueron breves, lo mismo que el levantamiento popular que derrocó a Francisco Morazán en septiembre de 1842. El ejército compuesto por campesinos y artesanos no alcanzó un desenvolvimiento [...] en parte porque no era vía de ascenso social muy atractiva [...].²

Esa situación es lo que hace decir a Arturo Taracena que, en ese tiempo, lo único que tenía Centroamérica en común era la guerra.³ En contraste, Costa Rica era percibida como un país ordenado y pacífico por quienes la visitaban, ya fueran otros centroamericanos, europeos o estadounidenses. El alemán Moritz Wagner, por ejemplo, quien visitó el país entre 1853 y 1854 opinaba:

El espíritu caballeresco español, el ánimo y la valentía de la raza castellana [...] degeneró [...] en Costa Rica [...]. Ni siquiera los napolitanos son tan antimilitaristas ni pacíficos como los costarricenses; hasta los ejercicios militares dominicales, a los que un instructor polaco-alemán obligaba entonces a la milicia, les parecía una atrocidad. Los duelos son inauditos; los insultos más ofensivos no encolerizarían a un costarricense lo bastante para desafiar a su ofensor.⁴

El francés Félix Belly decía que:

Su misma historia atestigua, con dos páginas sangrientas y en extremo lamentables (se refiere a los fusilamientos de Juan Mora Porras y Francisco Morazán), la violencia de los arrebatos que puede padecer; pero esos no son más que accidentes de su vida regular, sorpresas de su conciencia, cuya responsabilidad, por otra parte, sólo incumbe a unas pocas cabezas. Pasada la crisis, la fuerza de la institucionalidad recobra su imperio.⁵

Esta situación muy posiblemente derivaba del hecho de que, desde el periodo colonial, existieron ciertas circunstancias que de alguna forma condicionaron su evolución posterior. Una de ellas fue estar alejado de los centros de poder colonial y constituir prácticamente un territorio fronterizo sin mucho interés para la Corona, un territorio pobre, en donde las estructuras de dominio no llegaron a tener la fuerza que en otras partes de la región.

LOS AÑOS DE LA GUERRA EN CENTROAMÉRICA

Baste lo hasta aquí expuesto para identificar a Costa Rica como un lugar propicio para que en su territorio recalen quienes sufren persecución política en sus respectivos países, característica que comparte con México. Son los dos polos del refugio no sólo para Centroamérica, sino, más en general, para América Latina. En la segunda mitad del siglo xx, periodo en el que

enfocamos nuestra visión, oleadas de personas se establecieron en ambos países, especialmente centroamericanos que encontraban espacio para refugiarse y organizarse para la solidaridad. Dadas las guerras civiles que tenían lugar en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, de ahí provenían los más amplios contingentes de exiliados y refugiados. En Chiapas, surgieron cuatro zonas de asentamiento de los más de 250 000 refugiados guatemaltecos: Marqués de Comillas, Margaritas, Trinitaria y Comalapa. Quienes ahí se aposentaron, campesinos cuyas tierras estaban siendo asediadas por la política de Tierra Arrasada, impulsada por el gobierno del general Efraín Ríos Montt a inicios de los ochenta, se reencontraron con sus congéneres hablantes de lenguas mayenses. En Costa Rica, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) estableció campos de refugiados en zonas fronterizas al sur y norte del país, campos relativamente aislados donde se vivía en grandes barracones que semejaban los campos de concentración construidos por los alemanes en la Segunda Guerra Mundial. Ahí se ubicó sobre todo a salvadoreños que huían de masacres como las del Mozote y la del río Sumpul, o la represión desatada tras la conformación del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), después del asesinato de monseñor Oscar Arnulfo Romero.

Pero antes de esas oleadas de gente “del común”, que partía atravesando las fronteras de cualquier forma, ocultándose de las terribles fuerzas armadas que las custodiaban, a Costa Rica habían llegado desde los años setenta los exiliados del Cono Sur y los profesionistas e intelectuales de Guatemala y El Salvador, quienes dejaron una huella profunda en las universidades y, más en general, en la cultura del país.

EL ESTADO DE BIENESTAR Y EL EXILIO SUDAMERICANO

Para ese entonces, Costa Rica se encontraba viviendo una etapa de su vida política que la hacía especialmente receptiva a los aportes que pudieran brindar los expatriados. En efecto, a partir de los cuarenta se había iniciado la construcción de un Estado de derecho y de bienestar en el que privaba el interés por desarrollar y fortalecer instituciones públicas del aparato cultural. En 1940, se había creado la Universidad de Costa Rica, que sería la primera

casa de enseñanza universitaria que, con los años, llegaría a conformar un sistema de cinco universidades públicas de alta calidad. Asimismo, en 1970 se había creado el Ministerio de Cultura y una serie de entidades encargadas de impulsar un modelo de un país que, en palabras de uno de los principales líderes políticos de la segunda mitad del siglo xx, José Figueres Ferrer, permitiera el desarrollo “pero que no fuera vulgar”.⁶

Por lo tanto, en los años setenta del siglo xx, cuando en el Cono Sur se instauraron las dictaduras, con la emblemática chilena que tuvo a Augusto Pinochet a la cabeza, y en Centroamérica se recrudeció la guerra en Nicaragua contra la dictadura de Somoza, y después de su triunfo se dio el ascenso de las guerras civiles en El Salvador y Guatemala, en Costa Rica se estaba viviendo una época de despertar cultural que la volvía receptiva a los plausibles aportes que pudieran hacer quienes, perseguidos en sus países, arribaran en calidad de exiliados.

Ese fue el caso especialmente patente de los llegados del Cono Sur (Argentina, Uruguay y Chile). A finales de 1973, y durante toda la segunda mitad de los setenta, el principal contingente de exiliados arribó desde Chile, que fue bien recibido en el país, entre otras razones porque algunos conspicuos miembros de la intelectualidad costarricense ya habían tenido contactos de primera mano con destacados intelectuales chilenos, guardando de ellos no sólo recuerdos, sino también enseñanzas que habían tenido importante repercusión en el país. Carlos Monge Alfaro, por ejemplo, que en los años del éxodo tras el golpe de Pinochet era rector de la que en ese tiempo era la única universidad del país, la Universidad de Costa Rica (UCR), y quien fuera uno de los principales gestores de la idea de crearla en los años treinta y cuarenta, estudió en Chile, y quería contribuir a traer al país a algunos de los que habían sido sus más destacados profesores en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, estos habían conformado la Misión Pedagógica Chilena que en 1935 recomendó, después de un pormenorizado diagnóstico, la creación de dicha universidad.

Era tal la admiración que él y otros prominentes intelectuales costarricenses de la entonces pueblerina y limitada vida cultural del país tenían por su experiencia chilena, que despectivamente se les apodó los *chilenoides*. Carlos Monge era, asimismo, activo militante del socialdemócrata Partido Liberación Nacional (PLN), a la sazón el partido político que marcaba la pauta en la construcción del modelo de desarrollo

costarricense del Estado de bienestar, después de haber salido victoriosos en la corta guerra civil de 1948, formando parte de lo que Jorge Valdeperas, malogrado investigador de la cultura costarricense, llamó “los hombres de Letras de Liberación Nacional”.⁷

Así que los exiliados chilenos que llegaron, algunas veces sin ningún papel que atestiguará sus méritos o logros académicos, fueron incorporados a distintas escuelas, facultades y programas en la UCR y, como miembros fundadores, a una nueva universidad pública que se estaba constituyendo entonces, la Universidad Nacional (UNA). Esto fue especialmente cierto para el área de las Ciencias Sociales, que en el país se encontraban apenas en pañales. Además de las respectivas escuelas y facultades, recién fundadas, un organismo universitario regional, con sede en San José, la capital del país, el Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA), se nutrió de sociólogos, antropólogos y economistas que ayudaron a conformar un programa de Ciencias Sociales que fue referencia para toda Centroamérica y que, además, como veremos después, contó con la incorporación de algunos de los mejores académicos de Guatemala y El Salvador, cuyas universidades sufrieron los embates de la represión gubernamental obligándolos a salir al exilio. Caso emblemático del papel que desempeñaron los profesionistas de América del Sur fue el de los historiadores Héctor Pérez Brignoli (argentino) y Ciro Cardoso (brasileño), quienes escribieron el libro *Métodos de la Historia*, con el cual revolucionaron la práctica historiográfica del país.

Como ya hemos dicho, Costa Rica vivía unos años de eclosión cultural; era el tiempo que hoy se conoce como de “los años dorados” de la cultura costarricense,⁸ que fueron producto de la confluencia de la afirmación del proyecto socialdemócrata de cultura, con el empuje de los exiliados sudamericanos. En 1970 se había creado una serie de instituciones que conformaron el entramado estatal de apoyo y fomento de la cultura: el Ministerio de Cultura, las compañías y los talleres nacionales de Danza y Teatro, el Museo Nacional de Arte, la estatal Editorial Costa Rica, se había dado un impulso muy importante a la Sinfónica Nacional y a un sistema complejo de formación musical para niños y jóvenes, etc. Y es en esa precisa coyuntura cuando llegan los sudamericanos, muchos de ellos con el aura de ser vanguardia del arte que se estaba impulsando en países ya de por sí prestigiosos en ese ámbito. En Costa Rica, que hasta hacía pocos años (no más de diez o quince) tenía un ambiente cultural que había sido catalogado

como “raqúitico”² por algunas de las figuras más destacadas de la cultura, se vivían años de creatividad que hasta hoy son recordados positivamente. El teatro, por ejemplo, vio converger las iniciativas emanadas de políticas estatales que buscaban “expandir” la cultura hacia los más amplios sectores populares del campo y la ciudad, acorde con la idea socialdemócrata de la “igualación social” a través de la cultura, con el empuje de quienes llegaban al país con proyectos culturales truncos imbuidos del pensamiento y la práctica críticas. Los chilenos, argentinos y uruguayos, además de convertirse en partícipes principalísimos de las iniciativas estatales que necesitaban de gente con experiencia y formación de la que se carecía en el país, fundaron algunos grupos privados que se constituyeron en paradigma del mejor teatro el país.

Así fue como surgieron proyectos como el Teatro del Ángel, dirigido por el chileno Lucho Barahona, con un elenco de compatriotas suyos y algunos costarricenses, que incluso dio nombre a la tendencia con la que se caracteriza hasta hoy al teatro independiente en el país por su ubicación; el teatro de Cuesta de Moras, en el que trabajaron dramaturgos, actores y actrices de la catadura de Alejandro Sieveking y Bélgica Castro; o el proyecto del Teatro Carpa, que giró en torno a la familia mendocina de apellido Catania, que fue ejemplo de prácticas teatrales identificadas con “lo popular”, afincadas en niveles técnicos de actuación y dirección teatral desacostumbrados en el país. Asimismo, en la Universidad Nacional contribuyeron a fundar la Escuela de Arte Escénico, dejando una huella indeleble que se mantiene hasta la fecha, al punto que la sala de espectáculos de la escuela lleva el nombre de uno de esos exiliados, el llegado desde Uruguay, miembro del renombrado grupo El Galpón, Atahualpa del Cioppo.

No haremos una recapitulación exhaustiva del impacto que tuvo el exilio sudamericano en la cultura costarricense, sirvan sólo como ejemplos significativos los que ya hemos consignado. Pero se puede decir, sin temor a equivocación, que su repercusión fue positiva en prácticamente todos los órdenes, aunque no sólo de lo que podríamos llamar la cultura letrada o artística, porque la llegada y el prestigio de los exiliados sudamericanos, que tuvieron sus propios espacios de socialización, se extendieron hacia hábitos que hasta entonces no existían, o eran poco extendidos en el país, como la ingesta de vino, por ejemplo, que se vio como un símbolo de sofisticación y

fue presentado aquí solamente como signo ejemplificante del impacto cultural que implicó la llegada de los exiliados sudamericanos en los años setenta del siglo xx.

Todo lo anterior significa que, en un país pequeño que apenas despertaba a una vida cultural más activa, la llegada de los exiliados sudamericanos inyectó un ambiente de rigurosidad, creatividad y cosmopolitismo hasta entonces desconocidos o anhelados, pues estos provenían de otras latitudes, a las que esporádicamente sólo algunos costarricenses podían acceder cuando salían al extranjero a estudiar carreras que no podían ser cursadas en el país, por ejemplo, unos iban a México o, los más adinerados, a Europa.

COSTA RICA Y EL EXILIO CENTROAMERICANO

Recuérdese que la década de los setenta e inicios de los ochenta fue también un periodo de una encarnizada batalla política en toda Centroamérica, especialmente en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. En particular, de estos últimos dos países llegaron a Costa Rica quienes habían salido huyendo de sus universidades, intervenidas por regímenes militares, o que eran acosados por bandas paramilitares que llegaron a asesinar a rectores y a otras altas autoridades universitarias. En estos casos, fueron casi exclusivamente las dos principales universidades públicas de la época, la UCR y la UNA, las que les dieron cobijo, y también el ya mencionado CSUCA, más la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), que no sólo tiene un programa nacional en el país, sino también la sede de su secretaría general en San José. Allí se encontraron con los exiliados sudamericanos, con quienes conjuntaron esfuerzos para darle un impulso sin parangón al desarrollo de las ciencias sociales.

Uno de los intelectuales centroamericanos de mayor gravitación en Costa Rica, no sólo por la profusión de relaciones que ha establecido, sino por lo prolongado de su presencia en la vida cultural y política del país, es el escritor (ex) nicaragüense (ahora español) Sergio Ramírez; quien llegó a Costa Rica escapando de la dictadura de Anastasio Somoza en 1964, y en pocos años se transformó en partícipe de algunas de las principales iniciativas culturales del naciente proyecto cultural socialdemócrata, aportando también iniciativas propias de honda repercusión. A manera de ejemplo, mencionamos, entre otras, la organización del Primer Festival

Centroamericano de Artes en 1970, cuya Bienal de Pintura se transformó en un hito divisorio entre el arte tradicional, miméticamente acrítico, que reproducía como eco desvaído lo que se hacía en los centros metropolitanos como Nueva York, Los Ángeles o París, y un arte comprometido con los movimientos populares de la época, preocupado por hurgar en las raíces propias y explorador de expresiones formales innovadoras.

Asimismo, Ramírez tuvo la iniciativa de proponer al Consejo Superior Centroamericano (CSUCA) la creación de una editorial regional universitaria, la Editorial Universitaria Centroamericana (Educa), que, hasta la fecha, nos atrevemos a catalogar como el único proyecto cultural centroamericano autónomamente propuesto e impulsado. A través de ese sello, por primera vez en su historia, los centroamericanos se conocieron entre sí, descubrieron escritores y escritoras que convivían en el istmo, pero que no sabían de su mutua existencia. Algunos de los libros emblemáticos de la región se publicaron en Educa, como *La patria del criollo*, del historiador guatemalteco Severo Martínez Peláez, o los cuentos de Julio Escoto, los poemas del nicaragüense Ernesto Cardenal, las fábulas de Tito Monterroso y muchos otros más. No es aventurado decir que, a través de las publicaciones de Educa los centroamericanos se conocieron a sí mismos en su producción libresca.

Al mismo tiempo que Ramírez llevaba adelante iniciativas del calibre que hemos mencionado, otros escritores de referencia en sus respectivos países llegaban a Costa Rica. En 1973, llegó Manlio Argueta, quien formaba parte de la llamada Generación Comprometida, desde El Salvador, y se quedó hasta 1992, cuando, luego de la firma de la paz, regresó a su país. La obra de Argueta, especialmente *Un día en la vida* es de necesaria mención cuando se habla de la literatura de “los años de la guerra” en Centroamérica, y ésa, como muchas de sus obras principales, como *Cuscatlán, donde bate la Mar del Sur*, fueron escritas en su exilio costarricense. En su afán de ser sustento no sólo de la solidaridad, sino también del acercamiento entre Costa Rica y su país natal, Argueta fundó y dirigió la Asociación Cultural Costarricense-Salvadoreña que puso a funcionar uno de los teatros independientes referenciales de los años ochenta, la Sala de la Calle 15. Igualmente, a inicios de esa década, cuando la encarnizada represión del régimen del general Efraín Ríos Montt llegó a su clímax, culminando en el genocidio de los pueblos indígenas del altiplano occidental guatemalteco, se exilió en el

país Mario Roberto Morales, que estando ahí ganó el Premio Único de Literatura Latinoamericana de Educa, y publicó algunas de sus novelas más emblemáticas, como *El esplendor de la pirámide*, en esa misma editorial.

No hacemos más que mencionar algunas de las figuras de la literatura centroamericana que por periodos más o menos largos recalaron como exiliados en San José. A los ya mencionados, habría que agregar también, sólo a manera de ejemplo, al salvadoreño Ítalo López Vallecillos, a los(las) nicaragüenses Ernesto Cardenal, Vidaluz Meneses, Gioconda Belli, y a los músicos Luis Enrique y Carlos Mejía Godoy, quienes han establecido una relación, al igual que Sergio Ramírez, de larga duración con el país. Los hermanos Mejía Godoy, especialmente Luis Enrique, serían muy importantes en la conformación del llamado Movimiento de la Nueva Canción costarricense, formado por gente joven militante de partidos de izquierda, y algunos exiliados sudamericanos, como el argentino Adrián Goizueta y los chilenos Víctor Canifrú y Alexandra Acuña.

Toda esta pléyade de exiliados que llegaron a un país que se encontraba en las condiciones de creación de una institucionalidad cultural que mantenía en tensión creativa a su campo cultural, contribuyó de manera significativa a que San José se transformara en uno de los principales polos de la cultura centroamericana de la época. Claro que, paralelamente, en los años ochenta se llevaba a cabo la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua, que también estuvo dotada de un *elan* (impulso) importantísimo en el ámbito de la cultura, sobre todo tomando en cuenta las transformaciones fundamentales estructurales posdictadura que se estaban gestando, lo que llevó a que Sergio Ramírez, quien ya en ese momento fungía como vicepresidente de su país, dijera que el hecho cultural más relevante era, precisamente, la Revolución sandinista.¹⁰

Por otra parte, fue en esos años cuando (como ya lo mencionamos) llegaron intelectuales provenientes de las universidades centroamericanas sitiadas por los regímenes militares. El impulso que darían a la constitución de las Ciencias Sociales tendría, incluso, repercusiones en toda la región centroamericana. Edelberto Torres Rivas, quien se había graduado en la que constituía la carrera emergente del momento, la sociología, en la Flacso Chile, escribió un libro de ruptura para el análisis sociológico de la época, *Interpretación del desarrollo social centroamericano*, publicado (como no podía ser de otra forma) por Educa. Este libro y las circunstancias de su escritura,

en el contexto de un grupo de discusión formado en la CEPAL Chile, en el que participaban algunas de las lumbreras de la Teoría de la Dependencia, le dio a Torres Rivas una ascendencia profesional sin precedentes, que se volcó en la creación del Programa de Ciencias Sociales del CSUCA, que se constituirá en la punta de lanza de las Ciencias Sociales centroamericanas. Con el apoyo de fundaciones estadounidenses y europeas, en alianza con la Universidad de Costa Rica, se estatuyó la Maestría Centroamericana de Sociología, que atrajo por su prestigio a estudiantes de toda la región. Las facultades de Ciencias Sociales de las universidades públicas de Costa Rica se transformaron así en hervidero de estudiantes y profesionistas centroamericanos, que redundan en un interés creciente por “lo centroamericano”, lo cual se encuentra a contrapelo de la prevaeciente actitud oficial y popular de separación y diferenciación de Centroamérica. Así será la efervescencia cultural en Costa Rica, donde, como herencia de esa situación, se crearon en esos años algunos de los programas con referencia centroamericana más importantes de la región: la maestría ya mencionada, pero también otras, como la Maestría en Estudios de Cultura Centroamericana (MECC) y el Doctorado Interdisciplinario en Letras y Artes para América Central, ambos de la Universidad Nacional, y el Centro en Información y Referencia en Cultura Centroamericana (CIRCA) de la Universidad de Costa Rica. En todos estos proyectos participarán especialistas de toda Centroamérica, como Rafael Menjívar, exrector de la Universidad de El Salvador, quien saliera al exilio junto con otro exrector de esa universidad, Fabio Castillo, luego de que su universidad fuera intervenida y allanada. El listado y los aportes de todos estos intelectuales y artistas sería largo de detallar, pero basten los ejemplos mencionados como muestra.

CONCLUSIONES

Costa Rica ha tenido condiciones históricas para ser recipiendaria especial de los diferentes exilios que han tenido lugar en América Latina. Esas condiciones se vieron potenciadas en las décadas de los setenta y ochenta, cuando el Estado costarricense impulsó el proyecto cultural del Estado de bienestar de la socialdemocracia local. Estas condiciones atrajeron a intelectuales y artistas que potenciaron el proceso endógeno que tenía lugar

en el país, dando como resultado un periodo de gran efervescencia cultural que hoy es conocido como “los años dorados” de la cultura costarricense.

Sólo hemos hecho una mención superficial de los nombres de algunos de los exiliados de aquellos de años, así como de las instituciones y los procesos que contribuyeron al desarrollo y avance de la cultura en Costa Rica. Hemos dejado fuera a gente tan relevante como el pintor y muralista chileno Julio Escámez, ilustrador de libros de Pablo Neruda, amigo cercano de Violeta Parra, quien terminara asentado en la pequeña localidad de San Pedro de Barva de Heredia, en donde construyó lo que Aurelia Dobles (que lo entrevistó para el suplemento “Áncora” del diario *La Nación*) llamó su “casa pajarera”. Y así otros tantos personajes ilustres, como las y los actores y actrices chilenos Marcia Maicco, Claudio Dueñas, Rodrigo Durán, Juan Katevas, Leonardo Perucci, Alonso Venegas, Rosita Zúñiga, Marcelo Gaete y Sara Astica.

Baste decir que Costa Rica es un caso ejemplar de varias cosas que queremos resaltar: primero, que las migraciones, y los exilios en particular, como una forma *sui géneris* de aquéllas, traen diversidad y abonan a los países receptores, en contra de la idea prevaleciente según la cual sólo acarrear problemas al país receptor y que por ello deben ser rechazados; segundo, que Costa Rica constituye un ejemplo de cómo, en condiciones locales favorables, los exiliados se transforman en agentes dinamizadores de procesos locales que redundan en beneficio mutuo; para unos, porque les ofrece un lugar seguro en dónde residir y seguir desarrollando su potencial; para otros, porque se enriquecen con experiencias y puntos de vista producto de vivencias que se encuentran ordinariamente fuera de su alcance.

En el país, a diferencia del fenómeno de las migraciones, especialmente de nicaragüenses, que han sido profusamente estudiadas, no se ha tenido a los exilios como objeto de estudio. La excepción lo constituye el programa de investigación sobre el exilio chileno, que se ha llevado a cabo en el Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA) de la Universidad Nacional en los últimos cinco años, que, sin embargo, hay que acotar que no nació más que como iniciativa externa, pues fue la Universidad de Chile la que se puso en contacto con la rectoría de la universidad para que se integrara a un proyecto que estaban adelantando sobre el exilio chileno en todo el mundo.

Hago estas reflexiones desde la perspectiva de quien ha participado activamente en estos procesos. Llegué a Costa Rica como exiliado a

principios de los ochenta y luego me establecí aquí. Algunos de mis seres más queridos cayeron bajo las balas de los grupos paramilitares de extrema derecha en mi país, Guatemala, y mi padre murió en el exilio mexicano en 1979. Hace poco, ante la entrega que se me hizo en mi país de origen del Premio Nacional de Literatura “Miguel Ángel Asturias” 2021 por parte del Ministerio de Cultura de Guatemala, no faltaron las voces que me tildaron de extranjero y, por lo tanto, de no merecedor de un premio nacional por haber salido al exilio y haber pasado tantos años fuera.

El exilio, como se advierte, comporta múltiples dimensiones y aristas, desde el sentimiento de desarraigo cuando se llega a una tierra nueva, hasta el rechazo de los compatriotas que se quedan en el país y que se sienten desplazados por quienes esporádicamente regresan. Todas estas aristas del exilio deben ser revisadas minuciosa e interdisciplinariamente, porque constituyen aspectos de un fenómeno recurrente en América Latina.

¹ Gilles Bataillon, *Génesis de las guerras intestinas en América Central (1960-1983)*, trad. de Jorge Alaniz Pinell (México: FCE, 2008).

² Iván Molina Jiménez, *La Campaña Nacional (1856-1857). Una visión desde el siglo XXI* (Alajuela: Museo Histórico-Cultural Juan Santamaría, 2000), 25-26.

³ Arturo Taracena, “Nación y república en Centroamérica (1821-1865)”, en Arturo Taracena y Jean Piel (comps.), *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica* (México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Flacso El Salvador/Universidad de Costa Rica, 1995), 51.

⁴ Carl Scherzer y Moritz Wagner, *La República de Costa Rica en Centroamérica*, sel. de Elías Zeledón Cartín (San José: Euned, 2016).

⁵ Ricardo Fernández Guardia (int., notas y trad.), *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de viajeros* (San José: Euned, 2002).

⁶ *La Nación*, 7 de octubre de 1971, 2.

⁷ Jorge Valdeperas, *Para una nueva interpretación de la literatura costarricense* (San José: Editorial Costa Rica, 1979), 75.

⁸ Rafael Cuevas Molina, *El punto sobre la i. Políticas culturales en Costa Rica (1948-1990)* (San José: Dirección de Publicaciones del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1995), 69.

⁹ Entrevista realizada a Rafael Ángel (Felo) García por Rafael Cuevas Molina, 2 de septiembre de 1993.

¹⁰ Véase Rafael Cuevas Molina, *Traspatio florecido, tendencias de la dinámica de la cultura en Centroamérica (1979-1990)* (San José: EUNA, 1995), 94.